

cadáveres de los dos diestros, esperando por su hazaña las felicitaciones de Peyrolles, y alguna recompensa de Gonzaga.

Sin embargo, no hubiera sido contra ellos contra quienes se habrían encarnizado, á sospechar que Lagardère acompañaba á los maestros. Pero no le habían reconocido en aquel contrahecho.

Sólo hacía una hora que estaban en París; por consiguiente, no se podía decir que habían perdido el tiempo.

¿Qué sería cuando la banda estuviese completa?

## X

### El café Procopio.

De toda la banda, ó más bien de las dos bandas de bravos pagadas por Gonzaga, sólo habían quedado con vida Rafael Pinto, el hijo de la turinesa, y Gruel, llamado el *Ballena*. Y como ambos, á pesar suyo, habían recibido algunas pulgadas de acero en sus tejidos, más ó menos adiposos, pasaría bastante tiempo antes de que el uno pudiera servirse de su brazo y el otro de su pierna.

Además, como el joven carecía de experiencia y el veterano estaba dotado de inteligencia obtusa, serían auxiliares poco menos

que inútiles, aun después de curados, pues sólo podía contarse con ellos para hacer número.

En aquella bendita época de espadachines no había barrio ni calle donde no hubiese carniceros de carne humana que se intitulaban pomposamente «cirujanos» y trabajaban á conciencia, aunque con poca ciencia. Menos modestos que su ilustre antecesor Ambrosio Paré, que decía: *Yo he cuidado; Dios ha curado*, ellos se jactaban de librar de la muerte á todos los clientes que curaban; y en verdad que no podían quejarse de falta de trabajo aquellos honrados practicantes, pues abundaban enormemente los miembros rotos y averiados.

Todos soñaban con atender á algún rico aristócrata; pero tenían que contentarse con miseros bravos, que muchas veces les pagaban sólo con insultos, bien que en buen número de casos no merecían otra cosa. Todo el bagaje científico de aquellos matasanos se reducía á algunas palabras latinas, hilas y vendas de mala calidad. Pero así iban pasando, algo cobraban, y la cantidad suplía á la calidad.

Los dos heridos de nuestra historia, retirándose de la liza antes de acabado el torneo, acudieron á uno de esos matachines, y el que les tocó en suerte, después de la primera cura dijo que la piel del joven era fina y la espada



no tuvo que ser impulsada por un brazo vigoroso para romper los tejidos; pero que el que había atravesado el muslo de Gruel lo mismo podía haber atravesado un buey. Y formulado este juicio, el pseudo cirujano frotóse las manos; signo evidente de íntima satisfacción por aquel rasgo de rara perspicacia.

Animado el gigante por un vago fulgor de buen sentido, opinó que tal diagnóstico no era suficiente, y en su consecuencia descargó el puño sobre el galeno y comenzó á sacudirle como si fuese un ciruelo.

El facultativo, con no escasa dosis de lógica, dedujo que hubiera sido preferible que resultase el *Ballena* herido en el brazo y Pinto en la pierna.

—¡Basta de parola, y á curarme bien! ¡Si al salir de tu casa no puedo correr como una liebre, puede suceder que resultes tú más enfermo que yo!

Bajo aquella amenaza el hombre hizo prodigios, y Gruel, viendo que no podía andar bien, hizo dar una pirueta al curandero.

—Todo trabajo merece un salario—dijo.—No podemos darte dinero, por la sencilla razón de que no tenemos; pero, en cambio, te daremos un consejo.

—Con consejos no comeré, señores—replicó furioso el «cirujano», aunque sin atre-

verse á enseñar los dientes á aquel cetáceo.

—¡Eso no nos importa! El consejo es este: Llégate corriendo á la Puerta Montmartre, y hallarás muchos brazos, piernas y cabezas que componer. Aquéllos pagarán por nosotros.

Y se fueron ambos, cojín cojeando, apoyados uno en otro, á dicho sitio. Contaban encontrar vivos á varios de sus compañeros y tendidos y cadáveres á los dos maestros de esgrima junto á aquel contrahecho que apareció á última hora, y que ellos apenas habían visto un instante.

Las sombras de la noche comenzaban á envolver con sus gasas oscuras el lugar del combate. Los dos bribones sorprendiéronse al ver que todo había terminado, y hasta los curiosos desaparecido. Pero si no percibieron ninguna persona en pie, distinguieron en el suelo manchas oblongas que no cabía duda que eran cadáveres.

—Los nuestros desfilaron—murmuró el gigante no pudiendo creer en su derrota.—¡Ese endiablado parlanchín, con su latín y sus necedades, nos ha entretenido mucho! No podemos hallarlos sino en la taberna.

—Hay algunos tendidos por ahí—dijo Pinto señalando á los difuntos que se destacaban en el suelo como las manchas oscuras





Distinguieron en el suelo manchas oblongas que sin duda eran cadáveres.

de una alfombra de piel de pantera.—Tal vez convendría enterarnos de quiénes son.

—Haz lo que quieras. Pero son, sin duda, los compañeros de Blancrochet, el mico aquel que surgió á última hora, los dos diestros y el gallito que los acompañaba.

—Veamos. Quisiera ver si Cocardasse ocupa muerto tanto espacio como ocupaba vivo.

Oyeron pasos tras sí, y se volvieron. Era el cirujano que los curó y que aceptó el consejo.

—¡Hola, buena pieza! Tú vas á decirnos quiénes son los que no necesitan ya tu auxilio. Entre los otros tal vez haya dos ó tres á quienes dar la puntilla.

—No se mata á la gente que está en tierra—objetó el cirujano, indignado y como espontánea y honrada protesta contra aquella cobardía.

—¡Ten cuidado no les hagas tú compañía si gruñes! ¡Pasa delante!

El primer cadáver con que tropezaron era el de Gualter Gendry. Ambos malandrines se estremecieron.

—¡Oh, oh!—murmuró el *Ballena*.—¿Qué significa esto?

El matasanos se inclinó para apreciar si palpitaba su corazón.

—Este está bien muerto—certificó.



Poco más allá estaban los cadáveres de Blancrochet y Daubri.

—Los dos muertos—dijo el cirujano tras rápido examen.

Luego fueron examinando los demás cuerpos tendidos, y el médico murmurando uno por uno:

—¡Muerto también!

De pronto el hombre hizo una observación que pareció sorprenderle.

—¡Es muy raro!—dijo.—En la mayoría de ellos la herida es la misma. Un simple agujero en la frente; pero tan limpio, tan franco, que sin el recogimiento triangular de los labios, triángulo que indica herida de arma blanca, lo creería hecho por una bala de mosquete. Ninguno de ellos ha sufrido. La perforación del cráneo ha producido en ellos una meningitis fulminante.

Los bandidos se miraron consternados y murmuraron á la vez:

—¡La estocada de Nevers!

—¿Quién habla aquí de la estocada de Nevers?—preguntó á su espalda un personaje á quien no habían visto llegar.

—¡Calle! ¡Monsieur de Peyrolles!—dijo el gigante reconociéndole.

—¿Y los otros? Gendry, Blancrochet... ¿Dónde están?

El coloso extendió el brazo y señaló los cadáveres:

—¡Ahí!—dijo.

—¡Cómo! ¿Ahí? ¿Todos?

—Todos. Sólo hemos escapados nosotros dos, y á medias.

—¿Y Cocardasse y Passepoil?

—Deben de buscaros—gruñó el *Ballena*.

—¿Y esos dos hombres han matado á todos estos bravos con esa maldita estocada de Nevers?

—No.

—¿Quién, pues?

Poniendo la boca al oído de Peyrolles, el bandido murmuró:

—¡Lagardère!

El factótum experimentó tan violenta sacudida, que se le ladeó el gorro de pieles.

—¿Estás seguro?

—Seguro, no; pero me lo temo.

El mayordomo reparó en el matasanos, que le contemplaba sorprendido de que un rico mercader extranjero interrogase con tal interés á aquellos malandrines.

—¿Quién es ese?—preguntó.

—*Maitre* Le Boiteux, cirujano del rey, monseñor—repuso él mismo saludando con una reverencia.

—¡Puedes irte al Infierno, amigo!—exclamó Gruel.—¡No te necesitamos!



—¡No, no!—interrumpió el mayordomo, dándole un puñado de monedas de oro.—Hacedme el favor de mandar enterrar á esos pobres diablos, *maitre* Le Boiteux.

El cirujano se confundió en reverencias y protestas de agradecimiento, embolsándose el dinero, que no pensaba emplear en semejante cosa. La policía, que no supo impedir la refriega, se cuidaría de enterrar á las víctimas.

—Seguidme vosotros, y hablaremos en otro sitio. Es mucha suerte que hayáis escapado vivos para contarme el lance.

—¡Seguiros! Pinto puede hacerlo; pero yo si vamos un poco lejos... no. ¡La culpa es de ese granuja de Passepoil, que me ha atravesado el muslo!

El factótum de Gonzaga pensó en el medio de alejarse de aquel sitio sin separarse de los dos bandidos. En esto vió llegar una carreta vacía y llamó al carretero.

—¿Adónde vas?

—Adonde queráis, monseñor, siempre que paguéis.

—Se te pagará. Acomodáos ahí los dos, y en marcha. ¡Yo guío!

El carruaje no era lujoso ni cómodo, como que pertenecía á un cargador del muelle; por cojines no tenía más que algunos brazados de paja. Los vaivenes hacían jurar al *Ballen*.

Así y todo, recorrían el camino llevando como guía á Peyrolles, y llegaron á la calle de los Fosos de San Germán. Allí gratificó y despidió al carretero, y entraron en el café Procopio, no sin echar previamente el factótum de Gonzaga al interior del establecimiento rápida cuanto escrutadora mirada, y diciendo á sus dos acólitos:

—Entremos aquí. Supongo que necesitáis restaurar las fuerzas.

El café Procopio, al que acudían escritores, artistas y personajes célebres, donde podían verse muchas veces á Voltaire, Juan Bautista Rousseau, Piron, Lamotte, Diderot, d'Alambert, el marqués de Bièvre, Freron... gozaba de mucha fama; pero estaba en aquel momento poco menos que desierto. No había más que cuatro ó cinco consumidores muy atentos á una partida de ajedrez, y al otro extremo Gonzaga con su disfraz de anciano mercader holandés. En el ángulo opuesto veíase un engendro cuya cabeza apenas pasaba de la mesa; iba vestido como un estudiante pobre. Á su lado tenía dos enormes libros que parecían demasiado pesados para sus brazos, y cuyo texto era dudoso que entrase en su cabeza enfermiza.

Por mala salud ó exceso de trabajo, estaba tan pálido su rostro, que nadie le hubiera dado seis meses de vida; y el mismo Gonzaga, á



quien tan poco importaban las existencias humanas, no pudo menos de mirarle con lástima. Parecía hacer inauditos esfuerzos para no ceder al sueño, y apenas podía abrir los pesados párpados cuando entraron Peyrolles y los mandrines. Sin embargo, mirándole de cerca, hubiera podido verse relumbrar sus pupilas con fúlgidas centellas.

El factótum los hizo sentarse á una mesa próxima, y mandó que les sirvieran de comer, no por piedad á sus estómagos, sino para tener tiempo de contar á su amo lo sucedido.

Antes de comenzar miró al estudiante enfermizo durante algunos segundos para asegurarse que no estaba en condiciones de escucharle. Dormía.

—¡Malas noticias, monseñor! dijo Peyrolles.

—¿Se niega á *trabajar* la banda de la *Courtelle*?

—Peor que eso. Ha sido destruída. Os traigo sus restos.

Felipe de Mantua frunció el ceño; no esperaba tan formidable fracaso.

—¡Es grave!—dijo.—Pero debe de haber muertos y heridos en ambos campos. ¿Qué ha sido de nuestros adversarios?

—Todas las pérdidas han sido nuestras. Ellos, ni un araño.

Gonzaga detuvo el brazo con la taza que

iba á llevarse á los labios, y aguardó aspirando el aroma del líquido sin probarlo.

—No es eso todo—continuó su intendente.—Si han vencido, es porque peleó con ellos su jefe.

—¿Cómo! El Marquesito se atrevió?...

—No se trata de monsieur de Chaverny, sino de Enrique de Lagardère.

El Príncipe soltó la taza, que se rompió en mil pedazos contra el suelo. Al mismo tiempo el estudiante lanzó un suspiro y se volvió de lado. Parecía soñar.

—¡Lagardère aquí!—exclamó.

—¡No habléis tan fuerte, monseñor!

—¡Voto á bríos! ¿Y quién te ha informado de eso?

—El *Ballena*, que dice haberle visto, ó por lo menos á un jorobado que bien pudiera ser el Conde.

—¡Bah!—dijo con mofa Gonzaga.—¡Ahora todos los jorobados van á pareceros ese noble de contrabando! El *Ballena* ha mirado con los ojos del miedo; y tú también tienes miedo, Peyrolles: confiévalo.

—Hay algo más que he visto yo.

—¿Qué?

—Cadáveres que tenían un agujero aquí—murmuró señalándose con el dedo la frente.

—¡Vaya una gracia! ¿Acaso no apren-



dieron de su amo los diestros esa estocada secreta, que ya no es secreta para nadie?

—¿La conocéis vos, monseñor? Si los diestros la conocen, no se sirven de ella sino cuando su amo está presente, y, en mi opinión, esta tarde estaba allí.

Gonzaga reflexionó un momento, y pidió otra taza.

—Acabad de comer vosotros—dijo á los malandrines,—y contad lo que habéis visto si vale la pena.

El *Ballena* engulló apresuradamente, bebió un vaso de vino, se acercó al Príncipe y contó cuanto sabía de lo sucedido hasta la intervención del contrahecho, que él calificaba de *jorobado*.

Pero ignoraba lo ocurrido mientras estuvo en casa del cirujano, y no había visto reñir al de las alforjas, ni la muerte de Blancrochet y de Gendry.

—¡Todo eso son infundios!—dijo malhumorado Gonzaga.—¡No teníais dos ó tres espadas capaces de medirse con las de Cocardasse y Passepoil y los dedos se os antojaron huéspedes! Ellos mataron á los mejores para hacer boca, y han dado cuenta de los otros como si fueran espantajos para asustar pájaros. Si habéis escapado vosotros, ha sido porque os las

hubísteis con el principiante que los acompañaba.

—No—protestó Pinto;—á mí me ha herido el gascón.

—Y á mí, Passepoil. ¡Yo se la pagaré con interés antes de mucho!

—Como si dijéramos, jamás—murmuró en voz baja alguien que se inclinó para no ser oído más que por Gonzaga y sus compañeros.

Á mitad de la conversación entraron en la sala dos hombres que marcaban grotescamente el paso y hacían contorsiones de payaso.

La mayoría de los concurrentes les prestó poca atención, pues era frecuente que penetraran en el café juglares y titiriteros de los que trabajaban en el Puente Nuevo cuando ya de noche no podían lucir sus habilidades al aire libre, y en cafés y tabernas se les toleraba que ejercieran su industria.

La heterogénea clientela del Procopio se allanaba á su presencia, siempre que no fueran andrajosos y tuviesen algún rasgo de ingenio ó habilidad.

Los que acababan de entrar iban muy bien vestidos, y si sus ejercicios carecían de novedad, brillaba una chispa de buen humor y de fina ironía en sus semblantes.

El enfermizo estudiante pareció por un momento interesarse, y hasta sonrió con algu-



na de sus bufonadas mientras estuvieron al otro extremo del salón; pero en cuanto se acercaron á él, y por tanto, á sus vecinos, inclinó otra vez la cabeza y prosiguió su interrumpido sueño. Parecía como si aquella algarabía de risas y palabras ruidosas, aquellos gestos grotescos y alegres, constituyesen para su débil organismo una fatiga insoportable.

Otro había que contemplaba, no sólo con curiosidad, sino con vivo interés los movimientos de los juglares: Peyrolles, que aprovechó la ocasión cuando uno de ellos, Nocé, como hemos dicho, se acercó, para decirle en voz alta:

—Á fe mía que sois gentes muy hábiles, y nunca vi en Amsterdam hombres de vuestra talla. ¿Querriais explicarnos alguno de vuestros trucos ó ejercicios, no porque pretendamos haceros competencia, sino para poder contar cuando regresemos á nuestro país lo que sólo en París puede verse?

Sin hacerse rogar, los dos compadres se sentaron. Les ofrecieron de beber, y si comenzaron á hablar en voz baja, no fué por respeto al secreto profesional, sino porque Gonzaga preguntó inmediatamente:

—Vamos á ver, Nocé: ¿qué significa lo que acabas de decir?

—Que los dos diestros están á estas horas

en la red de San Claudio, como no naveguen todavía entre dos aguas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Hemos tenido el honor de hundir sus esqueletos en el Sena, después de haberles roto la cabeza. Voy á contaros la historia.

Y relató su casual encuentro en el Puente Rojo, y cómo se sirvieron de las pértigas para impedir que se salvaran los maestros de esgrima.

—¿Quién iba con ellos?

—Dos desconocidos; una especie de mendigo español ó vasco...

—¡Mi jorobado!—exclamó el *Ballena*.

—¿Jorobado? ¿Es posible? Desde luego puedo afirmar que era contrahecho, y creo que cojeaba.

—No falta quien diga que ese contrahecho era Lagardère.

Nocé soltó la carcajada.

—¡Vaya! Le he visto como os estoy viendo á vos, monseñor, y creo poder jactarme de reconocer á Lagardère bajo cualquier disfraz.

—Nadie puede responder de eso—replicó Peyrolles.

Nocé le miró de alto á bajo.

—Yo lo fio—dijo.

—Y yo también—añadió Gonzaga.—Vámonos á dormir, señores, y no soñemos con jo-



robas. ¡Sería una pesadilla insoportable! ¡Acabáramos por verlos en todas partes!

—Los otros llegarán mañana sin duda— dijo el mayordomo al oído de Nocé y Lavallade.—Si los veis antes que nosotros, informadles de dónde vivimos.

Cuando toda la banda iba á levantarse para salir, el paliducho estudiante pagó el gasto, se cargó penosamente los infolios, y se fué. El factótum le siguió con la vista, en la cual podía leerse su estupor.

—Mira: también ese es jorobado — dijo irónicamente Gonzaga.—¿Cómo no has tratado de demostrarnos que era Lagardère en persona?

Á quince pasos del café Procopio el conde Enrique reía también, aunque su risa era muy diferente de la del príncipe.

—¡Dormid bien, caballeros, lacayos y bandidos! Como el camaleón cambia de colores, el antiguo inquilino de la perrera de Medor, el Esopo II de la *Maison d'Or*, se transforma incessantemente sin repudiar la deformidad de contrabando que le sirvió tan bien. ¡Dormid y soñad! ¡La hora del castigo está próxima; y cuando suene, despojándose por última vez de la jiba que tanto os hace reir, el jorobado desaparecerá para dar plaza á Lagardère el justiciero!



El paliducho estudiante cargóse penosamente los infolios y se fué.